

¿QUÉ SIGNIFICA APRENDER A VIVIR JUNTOS EN UNA SOCIEDAD PLURAL Y CUÁL ES EL APOORTE DE LA EDUCACIÓN RELIGIOSA PARA CONSTRUIR ESA CONVIVENCIA?

FERNANDO BERRÍOS

Facultad de Teología

Pontificia Universidad Católica de Chile

Se me ha pedido hacer un breve aporte desde mi reflexión como teólogo. Un detalle importante: soy teólogo *laico* y, por lo tanto, tengo una visión privilegiada del tema que nos convoca en esta oportunidad. Quisiera incorporar esta dimensión más experiencial, para no hablar en términos puramente teóricos. Intento, más bien, compartir con ustedes un ejercicio de iluminación mutua entre experiencia y reflexión teológica.

Y otra precisión: aunque se me pidió una aproximación desde la cristología, por tratarse de este tema en particular voy a hacerlo a través de una “mediación eclesiológica”, es decir, pasando por las implicancias para la Iglesia inserta en el mundo.

Tengo una familia: esposa, hijos, un nieto. Con mi señora hemos tenido que compartir el gran desafío de tantos cristianos de hoy, que es el de la *transmisión de la fe*. Me parece que este es gran tema de los padres y de los educadores que estamos hoy reunidos. Como en todos los casos, en algunos aspectos a nosotros las cosas nos han funcionado más o menos bien; en otros, *no hemos dado pie con bola*, pese a nuestros buenos propósitos. Todos sabemos que los buenos propósitos no bastan por sí solos... Por momentos o en algunos temas no hemos contagiado, precisamente, a nuestros hijos el amor al Señor y a su Pueblo que es la Iglesia. Más bien, probablemente hemos mostrado un rostro bastante desdibujado, poco atractivo o definitivamente equívoco de lo que es ser cristiano. Como tantos papás, en este tema a veces no hemos tenido mejor alternativa que dejarle tiempo al tiempo, dejar que los hijos sigan caminando, ayudarlos a hacerlo del mejor modo posible, y que el Señor, con nuestra ayuda o a pesar nuestro, haga lo suyo en sus vidas...

Todo esto yo lo comparto con mis semejantes. Mejor dicho: mi señora y yo lo compartimos, *todos los días*, en medio de la cotidianidad, en días que comienzan muy temprano y terminan tarde en el fragor de la gran ciudad. Agradezco profundamente esto, el que me haya tocado vivir mi fe y también el cultivo de la teología en una vida común y corriente, en medio de lo que un cura amigo llama los “cristianos de a pie”... Porque este marco concreto ha sido la gran escuela en que hemos tenido que lidiar con el desafío de *con-vivir, de co-existir* con otros muy diversos, y de *poner en práctica la fe* y de *transmitirla o contagiarla* a otros. No solo a los hijos, sino también horizontalmente, a otros con los cuales nos toca compartir.

En este plano, se nos plantean, a mi modo de ver, algunas “tentaciones” que pueden afectar tanto a la autocomprensión fundamental de la Iglesia (la eclesiología) como también, en consecuencia, a la manera de concebir nuestro vínculo con el mundo *hoy*. Permítanme referirme brevemente a estas tentaciones, que a mi parecer son tres principales, antes de abrir la mirada a Jesús y a su propuesta para la convivencia humana.

Primera tentación: un cristianismo y una Iglesia del gueto

Una primera tentación, creo, es esta: creer que sería más fácil, en el contexto de una sociedad de la poscristiandad y del pluralismo (de la cual ya se ha hablado aquí), construir un cristianismo y una Iglesia del gueto; un cristianismo del “qué bien que estamos aquí; armemos unas carpitas!” (Simón Pedro en Mt 17,4). Pero todos sabemos que esto no sólo no es posible, sino que además se opone a lo más esencial de la identidad cristiana, que es el impulso misionero. Un cristianismo de gueto, de la pequeña secta, o de la pertenencia selectiva, ha sido una tentación permanente en la historia de la Iglesia. Pero cada vez que se ha intentado realizarla, el resultado ha sido un cristianismo mentiroso y además traicionero de sí mismo, de su vocación fundamental. Y por añadidura, un cristianismo cobarde, no solo por querer evitarse malos ratos, sino sobre todo por eludir el aporte que la sociedad debe esperar de nosotros.

Segunda tentación: el criptocristianismo

A menudo tenemos que lidiar también con otra tentación muy cercana a la anterior: la del *criptocristianismo*, o del cristianismo latente u oculto, que busca, en definitiva, evitar la interpelación, el diálogo desafiante con el otro, el posible conflicto, y reservarse así para el plano de *lo privado*.

No solo por cobardía; también por no sentirse preparado para eso; o, por último, por “lata”, por falta de un interés real por integrarse desde la propia identidad en un mundo que ya no dominamos.

Y desde esta sensación de “no dominio” rozamos una tercera tentación: la del poder.

Tercera tentación: un cristianismo desde el poder o desde la apologética

Nos puede causar una gran incomodidad el constatar a cada momento que ya hace tiempo lo cristiano no es una fuerza unificadora de la realidad social. Entonces puede surgir la tentación de querer dominar los espacios en lo que estamos presentes, y así imponer, de una manera u otra, nuestra visión, aunque muchos no las compartan.

Este es un resabio de mentalidad de Cristiandad, que se expresa también a menudo en una actitud apologética, es decir, en un estar permanentemente *a la defensiva* y juzgar que siempre el problema está en “el mundo” (el relativismo, el hedonismo, el secularismo, etc.), pero nunca en la Iglesia, y no estoy pensando solo en la jerarquía, sino en la Iglesia como un todo. Sin ir más lejos, para muchos el gran problema de la transmisión de la fe es el mundo moderno y posmoderno, pero pocos se cuestionan qué hemos estado haciendo mal o qué cosas buenas no hemos estado haciendo como Iglesia que es parte (y no contraparte) del mundo...

Y en otro sentido: en esta visión, en el mejor de los casos, con una mirada más bondadosa pero algo paternalista, se puede identificar en el mundo cierta “nostalgia de Dios”, una búsqueda que por lo general enjuicamos como sincera pero insuficiente o simplemente estéril... Y en cambio, no se nos ocurre pensar que *precisamente en este mundo, aparentemente tan alejado de Dios*, Él está presente, actuando e invitando a un encuentro. Nos falta, en definitiva, mucha teología “de los signos de los tiempos”, a la cual nos invitó el Concilio Vaticano II:

“... es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas. Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza”. (*Gaudium et spes*, 4).

Esta manera reconocer a Dios y de responderle en el mundo y en la historia, no la inventó, en todo caso, el Concilio, sino que la encontramos en el Jesús de los evangelios. Entonces, aquí la gran pregunta es: ¿cómo, desde Jesús, debemos entender esa necesidad de “conocer y comprender el mundo en que vivimos”, del que nos habla GS? En realidad, son DOS preguntas en una: ¿CÓMO conocer y comprender el mundo? y ¿PARA QUÉ conocerlo y comprenderlo?

El cómo de la praxis de Jesús: encarnación e inclusión

Cuando los primeros cristianos releen su historia compartida con Jesús de Nazareth, que ahora re-conocen como el Mesías desde la experiencia de su resurrección, y la ponen por escrito en los evangelios, van profundizando en el sentido último de todo eso vivido, y sobre todo en el sentido de esa existencia concreta en su dimensión escatológica (cumplimiento) y salvífica. Jesús es reconocido como Señor y Cristo no solo por su resurrección, sino por todo el conjunto de su vida. Este es el gran contenido de los evangelios, y la razón por la cual son escritos.

Una primera gran profundización en esta comprensión del modo como Dios nos ha salvado en Jesucristo, es lo que se ha llamado la “cristología de la preexistencia”, que se expresa de diversos modos en el NT, pero de un modo especial en el Evangelio de Juan. Su prólogo (Jn 1)

parte por destacar que aquel a quien conocimos, que compartió con nosotros, que recorrió con nosotros los caminos, es la Palabra, el Verbo, el *lógos* de Dios que por tanto preexistía desde toda la eternidad y que últimamente “se encarnó y puso su tienda” (= acampó, se hizo presente, cohabitó) entre nosotros (Jn 1,14). Aquí no se trata de precisar qué es más importante: si la preexistencia (el origen divino) o la encarnación propiamente tal, sino el hecho de que en Jesús, en su persona, ambos “mundos” son unidos por el mismo Dios.

La auténtica Iglesia de Jesús lo sigue, entonces, en este *modo encarnatorio*. Esto el Papa Francisco lo ha expresado muy bien en sus últimos documentos. En *Evangelii gaudium* anima a ser “Iglesia en salida”. ¿Qué significa eso? Ser una Iglesia que no se caracterice por protegerse ni estar a la defensiva, sino por ser una Iglesia que sabe “primerear, involucrarse, acompañar, fructificar y festejar” (EG, 24). Encarnación es el mayor “involucramiento” que podríamos concebir.

Esto nos conecta con la segunda pregunta (¿para qué conocer y comprender el mundo?), y a la necesidad de responderla desde y con Jesús.

El para qué de la praxis de Jesús: la inclusión como camino de encuentro con el otro

El modo, el estilo, *encarnatorio* de Jesús se traduce concretamente en la *inclusión*. En Jesús, Dios se encarna, se hace uno de nosotros, y en ese proceso Él mismo, en su verdadera humanidad, va comprendiendo y va haciendo comprender a sus discípulos el alcance universal del Reino de Dios y su carácter inclusivo y no excluyente. Este será, de hecho, la gran novedad que los primeros cristianos descubrirán en la Buena Nueva de Jesús. El mismo Maestro israelita que alguna vez les ordenó no involucrarse con los gentiles ni entrar en ciudad de samaritanos, para centrarse más bien en “las ovejas perdidas de la Casa de Israel” (Mt 10,5s), será el que se muestre misericordioso y empático con una mujer no judía, porque lo conmueve por su fe (Mt 15,21-28). En este año vamos a reflexionar mucho sobre los diversos pasajes evangélicos que nos muestran este lado decisivo del Evangelio.

Sobre esto, el Papa Francisco ha dicho en *Amoris laetitia* algo semejante a lo que recién destacábamos de *Evangelii gaudium*. Frente a la realidad actual de la familia, no se trata de que los católicos renunciemos al ideal que está en la Revelación, pero sí se trata de avanzar hacia una praxis pastoral más claramente guiada por la “lógica de la misericordia” (AL, 307-312) y que, por tanto, le dé más espacio al discernimiento en conciencia (Cap. 8°, *passim*) de las situaciones existenciales, para que las personas que están sufriendo momentos difíciles o el fracaso lisa y llanamente, no se sientan *además* marginados de la Iglesia, sino acogidos por ella en su misión de “acompañar, discernir e integrar la fragilidad”, tal como dice el título del capítulo 8. La Iglesia nunca ha pretendido ser la Iglesia solo de los justos y de los puros (o que pretenden serlo).

Al terminar, no tengo espacio para referirme al tema de la necesaria “confesionalidad” de la transmisión de la fe, sobre todo en la clase de religión, pero sí dejaría planteado un gran desafío: que esa confesionalidad no debe ser entendida como algo incompatible, sino más bien *complementaria* de una lógica evangelizadora sustentada por una teología de los signos de los tiempos.

FBM – julio 2016